

“El 14”: donde el alma descansa en la orilla del camino

POR ANTONIO ALFARO RIVERA
ESCRITOR

En el kilómetro 986 de la Carretera Panamericana o la Ruta 5 Norte, justo donde el asfalto se bifurca hacia El Salvador y hacia Antofagasta, existe una posada que se ha ganado el corazón de generaciones de camioneros, trabajadores y viajeros. Allí, entre el espeso manto blanco de la camanchaca y el olor a cazuelas y café humeante, se levanta “El 14”. Un pequeño refugio que no sólo alimenta el cuerpo, sino también el alma.

La historia de esta posada es, en realidad, la historia de una mujer. María Mercedes Vidal Matamala, nacida en Rere, una localidad del sur de Chile conocida por sus “campanas de oro” y su devoción a San Sebastián, llegó a Chañaral a los 22 años para cuidar a una tía enferma. Pero la vida, que nunca sigue un libreto, le tenía preparado otro destino. Su tía falleció poco tiempo después, y ella quedó sola en el nortino puerto. Sin recursos, sin familia, ante ella, apareció el horizonte negro del miedo y la desesperación, pero, para una mujer como María Mercedes, eso solo podía y debía, durar solo un instante, con una fe profunda y una voluntad férrea, sacudió sus miedos y su pena y resolvió rápidamente lo que tenía que hacer. “Me sentí varada como una barca en la arena después de una tormenta”, recuerda. Pero no se rindió. “Desde que tengo uso de razón esa palabra no existe en mi diccionario, mi madre me enseñó eso” nos dice. Caminó por las calles del Chañaral de mediados de los 60’ del siglo pasado buscando trabajo, tocó puertas, muchas, hasta que una se abrió. Fue en el restaurant “Mi Casita”, donde comenzó limpiando y terminó atendiendo mesas. En solo ocho meses aprendió todo lo necesario para abrir su propio negocio. Y decidió hacerlo a la orilla del camino, donde se construía la carretera Panamericana.

Con determinación un día ingresó a la empresa “Koscina”, se plantó frente al dueño y mirándolo directamente a los ojos, le contó de su proyecto. Hablo con la verdad “Como siempre lo he hecho a pesar de que muchas veces me ha traído incomprensión y disgustos con muchas personas” vuelve a decirnos. En ese momento su mirada está situada en el pasado ya lejano: “Le dije con sinceridad y con firmeza, apenas tengo un poco de dine-



ro, pues es lo que más pude juntar, pero lo necesito para comprar la mercadería y poder cocinar”. Pidió fiado una media-gua prefabricada. “Estoy segura que Dios le habló a ese caballero y me dio crédito”. En este momento, ella sigue con su mirada, su mente y su corazón en otro tiempo, en otro lugar, su voz parece venir de muy lejos, luchando por no perderse, peleando para no ser presa del olvido. Luego agrega, “Me encalillé en 800 escudos — una fortuna para la época y alguien sin ahorros— “Al salir de esa oficina ya en la calle, tiritaba entera y entonces me puse a rezar a Dios y pedirle a San Sebastián que intercediera por mí” y se lanzó al vacío con las manos llenas de esperanza.

El 14 de julio de 1967 nació su posada. “El 14”, ante nuestra pregunta del por qué bautizó así a su posada, antes de que ella nos conteste, aventuramos nuestra tesis que podía ser por la distancia que separa a Chañaral de su posada, es decir 14 kilómetros, o bien porque siempre soñó con conocer Francia y su capital, París, la llamada “ciudad luz” y el 14 de julio es el día de ese país. Pero no, ninguna de esas teorías tiene asidero, el nombre de su posada no tiene nada de revolucionario, aunque algunos lo insinúen por coincidencia con la Toma de la Bastilla. María Mercedes Vidal Matamala, se ha quedado en silencio y nos mira fijamente mientras elucubra explicaciones. Ella irradia energía por todos sus poros, pero ciertamente que su mirada serena y firme sobrepasa. Entonces retoma la palabra y nos dice: “Noooo. Aclaremos, desde aquí al puerto hay solo 12 kilómetros. Y se llama así porque ese día la inauguré, no más”, dice y de su boca sale un a cargada diáfana, hermosa, que contagia y se esparce entre el come-

dor y la cocina de su posada.

Desde entonces, María Mercedes no ha parado. Trabajó de domingo a domingo, sin vacaciones, sin feriados. Convirtió su dormitorio en comedor, en su comienzo, artesanalmente hizo mesas y bancas para los comensales y con la ayuda de un



pensionista fiel, levantó un pequeño imperio de sabor y cariño. Cocinó para cientos de trabajadores, escuchó sus historias, vio como pasaba el tiempo, escuchó sus penas y también sus alegrías. “Uno en este trabajo empieza a convertirse en muchas cosas y hasta consejera también, aunque haya sido sin quererlo” Comenta. Su menú siempre fue simple, casero, con ese sabor que recuerda al hogar: cazuelas, caldillos, pescado frito (aprovechando la cercanía del mar) charquicán, porotos, café para los más jóvenes y un buen té remojado y cargado para los más antiguos y por supuesto siempre el pan amasado. Ese es un infaltable en cada almuerzo.

Hoy, con 80 años recién cumplidos, María Mercedes sigue dirigiendo, cocinando y atendiendo su posada que al cabo de tantos años y desde su inauguración es parte fundamental de su vida. “Trabajo porque quiero. Me gusta. Me da vida”, dice. Vive en el mismo lugar, acompañada



